

LAS PRIMERAS REPRESENTACIONES ICÓNICAS DEL CONTINENTE AMERICANO EN EL SIGLO XVI: GEOGRAFÍA MÍTICA, SERES FANTÁSTICOS E IMÁGENES DEL INDÍGENA

María del Mar Ramírez Alvarado
delmar@obelix.cica.es.

Las primeras apreciaciones y representaciones del continente americano, de su naturaleza, de sus habitantes y de sus costumbres que harían los europeos del siglo XVI se encuentran estrechamente determinadas por el denso imaginario medieval europeo, pleno de motivos heredados de la antigüedad clásica, de elementos tomados de las culturas orientales y del propio cristianismo.

Los viajeros de finales del medioevo poseían una visión cosmográfica que constituía, en gran medida, una mezcla de sabios conocimientos y de ideas fantásticas acerca de la Tierra y de sus partes constitutivas. La esfericidad de la tierra había sido una idea difundida desde la antigüedad por grandes pensadores: ya desde el siglo VI a. c. Pitágoras y otros filósofos de su escuela sugirieron la idea de la redondez terrestre. No obstante, con el robustecimiento del cristianismo este tema, relacionado directamente con la antigüedad pagana greco-romana y helenística, fue severamente condenado por las altas jerarquías de la Iglesia católica y, en consecuencia, quedó inmerso en un marasmo de conjeturas.

A finales de la Edad Media, aún cuando sobrevivían algunas ideas dispares y aunque la Iglesia seguía manteniendo casi como dogma la idea de la superficie terrestre plana, la esfericidad de la tierra es conocida por diversos autores y cosmógrafos. Además, casi a finales del siglo XV ocurren dos hechos importantes. Por una parte se reedita en diversas oportunidades la *Geographiae introductio* de Claudio Ptolomeo y, por otra, el mismo año 1492, el cartógrafo alemán Martín Behaim diseña por vez primera un globo terráqueo.

Sin embargo, la tierra continúa representándose cartográficamente en superficies planas de acuerdo a las concepciones antiguas y tradicionales de la temprana Edad Media: el círculo plano mencionado por Isidoro de Sevilla mantiene su estructura de tres continentes (Europa, Africa y Asia) rodeados en lo restante de un océano en el que pueden encontrarse islas desconocidas, la mayoría de ellas fabulosas y pobladas de extraños seres. A nivel popular se sigue creyendo en la existencia de la *Ecúmene* o mundo habitable conformado por la masa fragmentada de los tres continentes conocidos. Estos se encontraban limitados por el Ecuador o línea de la *Ecúmene* que señalaba el paso a una peligrosa zona de grandes calores y de mar hirviendo surcado de monstruos marinos. Así mismo, sobreviviría hasta entonces otro motivo del imaginario medieval enraizado en el mundo antiguo: se trata del Mar de los Sargazos, aquel de océano espeso a veces maloliente que impediría el paso de cualquier embarcación.

En cuanto a funcionalidad de la imagen los mapas en aquel entonces no tenían por objetivo intrínseco el facilitar las navegaciones. Para ello eran empleadas las constelaciones y los vientos, así como instrumentos tales como las cartas marinas, el astrolabio, las estrellas y los portulanos. Los mapas del mundo, sobre todo a principios de la Edad Media, poseían sobre todo una importancia religiosa, filosófica y cosmográfica en la medida en que en ellos se



representaba la creación divina. No en vano eran guardados es monasterios, iglesias o palacios.

Geografía fantástica

En los mapas medievales Asia se representaba como un gran continente colocado en la parte superior o punto Este, duplicando en extensión a Europa y Africa que eran ubicados a derecha e izquierda respectivamente. Precisamente tal distribución es la que ha determinado el nombre de T-O para la estructura cartográfica de estos planos medievales: la T divide los tres continentes y el círculo que les encierra es la O que simboliza al océano exterior que rodea al mundo.

Esta Asia desconocida y fantástica, que influirá tan decisivamente en la noción figurativa del mundo medieval, contribuye a dar origen a muchos de los mitos que determinarán las primeras aproximaciones al continente americano. En el Oriente mágico habitaban las tribus bíblicas de Gog y Magog, cercanas al Paraíso Terrenal y habitadas por antropófagos salvajes que, según cuenta la leyenda, habían sido encarcelados por Alejandro Magno hasta el día del juicio final. Cercano estaba el reino del Gran Khan, Señor de los Señores descrito por Marco Polo, que dotaría a la legendaria China de un halo de magnificencia. Surge así la mítica Catai y su esplendorosa capital Cameluc, próxima a los señoríos del Preste Juan de las Indias, donde Kubilai Khan residía los inviernos en su majestuoso palacio. Igualmente se relatan las maravillas de Cipango, tierra de oro, perlas, piedras preciosas y tesoros incontables¹. Estos singulares lugares descritos en las narraciones de Marco Polo, serían popularizados desde finales del siglo XIV por John Mandeville en el Libro de las Maravillas del Mundo en el que se detallaban ignotas regiones de monstruos milenarios.

Para los hombres de la Edad Media los motivos insulares constituían aquellos bastiones territoriales y geográficos que ofrecían el emplazamiento físico necesario a todo un mundo de prodigios y de seres fantásticos. La mentalidad de los navegantes que llegaron al continente americano estaba influenciada por este abigarrado contexto mítico-geográfico. De formas diversas América aparece relacionada a lo largo del siglo XVI con el Oriente mágico, Ofir y Tarsis, el Jardín de las Hespérides, las Siete Ciudades de Cibola y la isla de San Brandán, entre otros.

Por otra parte, la reproducción en tierras americanas de mitos de la antigüedad y medievales relacionados con puntos geográficos de gran significado, constituye un aspecto de gran importancia. Tenemos entonces que algunos de los cronistas, retomando de los diálogos platónicos de Timeo y Critias, señalan que el "Nuevo Mundo" no era ni más ni menos que la pérdida Atlántida. También se dice que, por su entorno paradisíaco, belleza y prodigios naturales, en él se encontraban el Paraíso Terrenal y la legendaria Fuente de la Eterna Juventud.

Seres fantásticos

Al final de la Edad Media aún pervivían de forma arraigada aquellas representaciones imaginarias de seres fantásticos y polimorfos que desde la antigüedad habían sido descritos por grandes sabios de la talla de Heródoto, Hipócrates, Plinio, Isidoro de Sevilla, San Agustín, y por los más importantes enciclopedistas medievales. Estas imágenes influirían significativamente en



expectativas y primeras apreciaciones de aquellos que llegaron a los territorios americanos. Los primeros cronistas retoman con frecuencia las descripciones de los bestiarios medievales y transportan estos seres imaginarios a los nuevos territorios.

En sus diarios de viaje Cristóbal Colón afirma que los indígenas, en sus desconocidos idiomas, hacían referencia a seres humanos con cabeza de perro, sirenas, mujeres guerreras, hombres con cola y seres de un ojo que habitaban aquellas islas de hermosa vegetación, cálido clima y muchas aguas. Posteriormente otros viajeros como Vespucci, Pigafetta, Federman, Fernández de Oviedo, Cieza de León, Thévet y Raleigh, por citar algunos, no tardan en encontrar pigmeos, gigantes, tritones, blemmyas (criaturas con tronco, sin cabeza y con los ojos en el pecho), amazonas y panocios con orejas enormes.

De tal manera, los seres mitológicos configurados por la imaginación europea son transportados a las regiones americanas para luego retornar de nuevo a Europa vestidos de pequeños guayucos y tostados al calor del sol tropical. En algunos casos las leyendas dan un tercer giro y regresan fortificadas a América, como en el caso de los fabulosos gigantes convertidos en Patagones y de las terribles guerreras Amazonas.

La existencia de los gigantes ha estado vinculada desde tiempos remotos al problema del caos-orden primigenio, al origen del ser humano y de su cultura. Son diversos los relatos mitológicos, incluso en el mundo aborigen, en los que los gigantes ocupan un lugar destacado. A lo largo del siglo XVI los gigantes resurgen de dos formas: como los antepasados pobladores primigenios-postdiluvianos del continente o, como en el caso de los Patagones, como habitantes de algunas regiones sudamericanas. Algunos de los gigantes más famosos que llegaron a conocerse en Europa fueron los vistos en la expedición de Magallanes que dio la vuelta al mundo entre 1519 y 1522 y los gigantes mencionados por Américo Vespucci en su correspondencia:

Llegaron 36 hombres y entraron en la casa donde estábamos bebiendo, y eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie: en conclusión eran de estatura gigantes, según el tamaño y proporción del cuerpo, que correspondía a su altura; que cada una de las mujeres parecía una Pentesilea, y los hombres Anteos; [...] estimamos oportuno separarnos de ellos sin querella².

El mito de las amazonas relacionadas con algunos héroes mitológicos griegos (como Heracles, Aquiles y Teseo) y mencionadas por Homero, Heródoto, Hipócrates, Marco Polo y por los enciclopedistas cristianos medievales, entre otros, también reaparece en las tierras americanas. Colón comenta en sus diarios de viaje que creía comprender, a través de la jerga aborigen, las referencias hechas por los indios de una isla llamada Matinino poblada de mujeres sin hombres.

No obstante, el encuentro de las Amazonas en territorio sudamericano se difunde con el relato de la expedición de Francisco de Orellana (1541-1542), hecho por el dominico Gaspar de Carvajal. A orillas del Marañón (posteriormente río Amazonas) vivían varias tribus de mujeres "Coniupuyara", grandes señoras guerreras que se acercaban a los indios sólo cuando querían concebir. Las niñas que nacían de estos esporádicos encuentros se quedaban con ellas y los niños eran sacrificados. Fray Gaspar de Carvajal describiría a las Amazonas de acuerdo al mito clásico:

Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza; y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas con sus arcos y flechas en las manos haciendo tanta guerra como diez indios...³

Otro caso llamativo es el de las alusiones a los pigmeos, cuya existencia se remonta a la antigüedad clásica. De ellos habla Homero en La Iliada y Plinio los caracteriza como aquellos seres no mayores de tres pulgadas enfrentados a las grullas. Los enanos como pobladores de islas imaginarias aparecen también en diversos relatos de viajeros medievales. En el continente americano, los pigmeos serán descritos por Antonio Pigafetta, el cronista de la expedición de Magallanes, como hombrecillos lampiños y desnudos, de escasa estatura y dimensiones, parecidos a los panotis medievales por sus largas orejas. Entre otros, Nicolás Federmann se topará en sus viajes con dos pueblos de pigmeos: los xiraharas, mezcla de enanos y personas de talla normal, y la nación de los ayamanes conformada por belicosos y genuinos enanos de extrema valentía.

Representación del aborigen americano

La representación de los indígenas americanos desde un inicio circula en Europa de acuerdo a las poblaciones citadas por Colón y los primeros cronistas en sus escritos: los taínos (de tai=noble y no=sufijo que denota pluralidad), habitantes pacíficos de las Antillas, y los belicosos "caniba", sanguinarios comedores de carne humana.

En relación a los angélicos antillanos se produce un resurgir del antiguo mito de la Edad de Oro que se remonta al mundo clásico y que tiene que ver con esa concepción idílica de una humanidad pura y bendita en tiempos remotos. Posteriormente esta idea será retomada por el cristianismo y plasmada en la visión del Huerto del Edén. Así, los indígenas son conceptualizados como criaturas sin mal, inocentes, mansos y temerosos, de gentil disposición y cuerpos hermosos, que recorrían sus tierras tan desnudos como salieron del vientre de sus madres. En muchas imágenes del momento se sigue incluso el modelo iconográfico de Eva y Adán.

Por su parte, son bastante abundantes a lo largo del siglo XVI las representaciones de la antropofagia aborigen. Recordemos que estamos en un momento coyuntural dentro de la historia de la imagen, ya que el desarrollo de las técnicas del grabado xilográfico, calcográfico y posteriormente al aguafuerte, aplicadas a la imprenta, facilitaron la densificación y popularización de la imagen impresa. De tal manera circulan con profusión en Europa grabados hechos generalmente por artistas que nunca habían estado en el continente americano cuyas obras se basaban en las propias crónicas del momento o en relatos orales.

Nos encontramos con unas primeras representaciones de los aborígenes que, en general, no distan en cuanto a características físicas y facciones de los europeos, salvo en esa desnudez que más tarde, a efectos de la comodidad en la propia representación, sería tapada púdicamente con largos faldellines de plumas. Estos indígenas en muchas oportunidades llegan a ser representados con barbas, bigote y rizos, armados incluso con espadas en vez de arcos y flechas. Circulan imágenes de las mujeres indias representadas de acuerdo al modelo iconográfico de Eva o de Venus, de rasgos blancos, cabelleras larguísimas y onduladas (a modo de las Amazonas), concebidas en función del estereotipo de figura y formas femeninas considerados como hermosos en el siglo XVI.

Tal como puede observarse en las distintas representaciones del canibalismo caracterizadas por sus tintes verdaderamente dramáticos e influidas por la noción del "salvaje" medieval bárbaro, irracional, libidinoso y comedor de carne cruda, tres son los elementos que con mayor asiduidad se reiteran en la iconografía del aborígen americano que circula en la Europa del siglo XVI: las imágenes del desmembramiento de las partes del cuerpo (fundamentalmente de las extremidades y de la cabeza) que a su vez provenían de las representaciones medievales de la antropofagia, las imágenes del festín caníbal y las imágenes de la víctima ensartada en un asador o de sus miembros cocinándose a la parrilla que también poseen su fuerte arraigo medieval.

Más tarde se incorporarán algunos elementos de carácter etnográfico a estas representaciones del canibalismo, provenientes en su mayoría de las obras de los cronistas franceses que viajaron a América con la idea de crear una colonia cerca de la bahía de Sao Paolo denominada la Francia Antártica. Así, entre otros, aparece entonces el llamado "palo de la muerte", el *ibara pema* o *ibira pema* que era empleado por los tupinambas del litoral brasileño para asestar en la cabeza un único golpe mortal a sus reos de muerte en las ceremonias antropofágicas. También se hace popular la *musarana* o cuerda con la que el prisionero era atado alrededor de la cintura y a dos estacas permitiéndole una cierta movilidad.

También estos aborígenes utilizaban unas incrustaciones faciales que, desde el primer grabado que se conoce en el que se trata el tema del canibalismo (impreso en Nüremberg hacia 1504), quedaron estrechamente vinculadas a las imágenes de los caníbales. Se trata del *tembetá* o *tembekuá*, adorno labial símbolo de virilidad que los indios del litoral brasileño utilizaban desde el comienzo de la pubertad. Así los describe Américo Vespucci:

...se agujerean las mejillas y los labios y las narices y las orejas, y no se crea que aquellos agujeros sean pequeños, o bien que tuvieran uno sólo, pues he visto muchos, los cuales tienen, en la cara solamente 7 agujeros, cada uno de los cuales tenía el tamaño de una ciruela; y cierran ellos estos agujeros con piedras cerúleas, marmóreas, cristalinas y de alabastro, bellísimas y con huesos blanquísimos y otras cosas artificiosamente labradas según su costumbre⁴.

Por otra parte esta idea del indígena como ser belicoso y caníbal se manifiesta en las alegorías del continente que comienzan a circular desde mediados del XVI coincidiendo con un repunte en el interés por los temas alegóricos.

La representación alegórica de los tres continentes de la cosmografía clásica y que conformaban la *Ecúmene* fue común desde la antigüedad. La ampliación del mundo a un cuarto continente demandaba la representación de este nuevo territorio, con los elementos que podían distinguirlo de los ya conocidos. Estas alegorías quedan definidas básicamente por dos los atributos genéricos vinculados a la apariencia de los aborígenes: los arcos y flechas unánimemente descritos en las crónicas como armas de los indios americanos y la tiara, tocado o falda de plumas que como adornos era utilizados sólo por algunas tribus. Un tercer atributo muy extendido se cuela en la iconografía del continente: "América" es siempre una mujer aborígen que alza triunfante, arrastra o pisa una cabeza humana. Este atributo se completa con algunos elementos como las estacas con cabezas clavadas o las extremidades humanas descuartizadas.

Césare Ripa en su famosa obra *Iconología*, que alcanzó una gran difusión en las primeras décadas del siglo XVII y cuya primera edición fue publicada en Roma en 1593, incluye una alegoría del continente americano con figura de mujer de



aspecto fiero (como el mismo Ripa señala) a la que describe de la siguiente manera:

Con la izquierda ha de sostener un arco, y una flecha con la diestra, poniéndosele al costado una bolsa o carcaj bien provista de flechas, así como bajo sus pies una cabeza humana traspasada por alguna de las saetas que digo [...]. La corona de plumas es el adorno que suelen utilizar más comúnmente [...]. El craneo humano que aplasta con los pies muestra bien a las claras cómo aquellas gentes, dadas a la barbarie, acostumbran generalmente a alimentarse de carne humana, comiéndose a aquellos hombres que han vencido en la guerra, así como a los esclavos que compran y otras víctimas, según las ocasiones⁵.

Finalmente las imágenes del indígena americano recorrieron la Europa del siglo XVI cargadas de todos los elementos imaginarios que hemos venido describiendo. El resultado fue un nutrido conjunto de representaciones, la mayorías de ellas grabados que circularon en hojas sueltas o como ilustraciones de las crónicas del momento, elaboradas por artistas que en la gran mayoría de los casos nunca había estado en el continente americano.

Este hecho, que determinó una representación del aborigen fuertemente etnocentrista y alejada de la realidad en muchos de sus elementos más importantes, nos hace reflexionar acerca los caminos sinuosos a través de los cuales una imagen creada puede transformarse en espejo de "verdades" desconocidas y en reflejo de un mundo en gran medida imaginario presentado como real.

Notas

Primeras cartas, relatos de viaje y crónicas de Indias escritas en el siglo XVI.

1 POLO, Marco. *Viajes. Libro de las cosas maravillosas del Oriente*. Madrid, Akal, 1983, pp. 191 y 377-378.

2 VESPUCCI, Américo: "Carta del 18 de julio de 1500" en: *Cartas de viaje*. Madrid, Alianza, 1986, p. 61.

3 CARVAJAL, Fray Gaspar de: "Relación que escribió Fr. Gaspar de Carvajal..." en: *La aventura del Amazonas*. Madrid, Historia 16, 1986, p. 81.

4 VESPUCCI, Américo: "El Nuevo Mundo" en: *Cartas de viaje*, p. 93.

5 RIPA, Cesare: *Iconología*. Tomo II. Madrid, Akal, 1987. p. 108-109.